

Arte del Ecuador, Belleza y Unidad

624

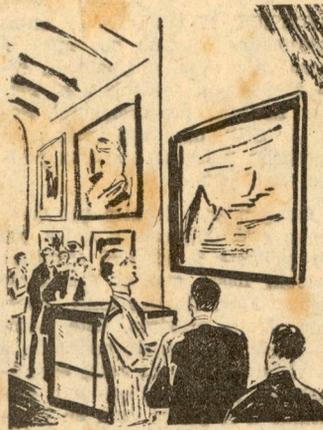
por Sebastián Salazar Bondy

LP 08/1958

El Ecuador, a través de su excelente Casa de la Cultura, ha sabido enviarnos un testimonio sumario pero altamente significativo de su cultura artística. Las expresiones de admiración que el público anónimo —que el pueblo, en una palabra— ha manifestado ante él demuestran que esas realizaciones de ayer y hoy entrañan un contenido rotundo de la personalidad estética de esa nación, con la cual, por imperativo de la realidad, ineludible y decisivo, tenemos que estar material y espiritualmente ligados. Un recorrido a la muestra que exhibe nuestro Museo de Arte es una verdadera satisfacción. Primero, el colorido que vibra en los muros, nos dice inicialmente que la luz de la tierra ecuatoriana ha empapado pupilas y pinceles de pintores. Y luego, la unidad entre objetos de remota hechura y cosas del

presente, traduce la evolución que ha vivido la cultura del país norteño en torno a una idéntica manera de inspirarse en sí mismo, en su paisaje, en su esencia realista y delicada.

De las culturas indígenas precolombinas, la orfebrería áurea nos transmite la exquisitez de una obra que se complace en hacer del metal precioso una materia fundamentalmente expresiva. El adorno rebasa sus fines ornamentales y denuncia el propósito creador del joyero que adelgaza el mineral, lo retuerce, lo labra, lo pule, lo domina en una palabra. De ese



afán y esa práctica decorativos, sin duda, el tallista colonial (Legarda o Chili, entre otros) hereda la gracia de su modelado, en el cual la rigidez hispánica está como amenguada por una dulzura interna y por una suerte de benevolencia formal, tal vez reflejo de la bondad natural del hombre de América, en cuyo contorno la agresión tiene una respuesta piadosa, humanísima.

Pero donde el espectador de esta muestra tiene una noción cabal de cuán vivamente los ecuatorianos han permanecido fieles a una tradición artística es en lo que respecta a la pintura. La Escuela Quiteña se ofrece como una manifestación religiosa, propia de la época de la penetración católica, del espíritu adoctrinador, pero es también el campo de un experimento plástico que recogiendo las lecciones españolas e italianas, a las que no falta la influencia flamenca, quiere romper el círculo de los grandes modelos lejanos y elaborar por sí sola un estilo. Las personalidades de Miguel de Santiago y

Javier de Gorivar no son las de meros copistas: hay un impulso autónomo en sus propósitos creadores, un embrión de independencia personal que, sin duda, ha sido aleccionador para sus congéneres posteriores. Pintura cálida, pintura rica, pintura propiamente dicha la de estos maestros prematuros. El incentivo permanece latente por mucho tiempo y surge de pronto, algún tiempo después, en un movimiento nuevo.

Ese movimiento nuevo es el de nuestro siglo. Las escuelas europeas de fines del XIX y de principios del XX penetran en el Ecuador como una especie de viento que despeja el horizonte, que permite ver nítidamente un camino de autenticidad. Es curioso que el "pompierrismo" —la máscara falsa del arte de Europa— no haya dejado su huella allí, y que por el contrario los precursores de la pintura moderna ecuatoriana hayan atendido más a los problemas plásticos, aún los más arduos, que al simple halago de las maneras burguesas, llenas de artificio y disimulo. Camilo E. Gas y Alberto Coloma Silva se preocupan, por ejemplo, de la expresión cromática, y, como en ellos en otros —tal J. E. Guerrero—, el tema no abruma los fines estéticos del lienzo que crean. Esta primera generación abre una puerta por la que habrían de pasar algunas personalidades muy singulares de la actualidad.

Aquí está el conjunto variado de la exhibición comentada, de la cual, por la ineludible brevedad de esta nota, hay que destacar sólo a Oswaldo Guayasamín, Eduardo Kingman y Galo Galecio —este último grabador—, tres artistas que han conquistado una manera individual, pero que se identifican en los objetivos a los que postulan cada cual a su modo: alcanzar la universalidad a través de los signos nacionales, dar cuenta del drama de su pueblo sin eludir el drama humano, pintar el rostro profundo de su patria captándolo con los medios técnicos del arte del mundo. De este mensaje es del que debemos estar agradecidos, pues América toda participa de los frutos de aquellos que, en una u otra latitud, tratan de comprenderla en la hondura de su ser trascendental.